



Algunas conversaciones con nuestro cuerpo

Carmen Escallón Góngora¹

“Cada vez que alimentamos el alma, garantizamos su desarrollo”

Clarissa Pikola Estés (1992).

Uno de los grandes desafíos del ser humano es lograr una armonía entre la voz interior y el medio exterior. Esta comunicación nos conducirá a un estado armónico, deseable y digno. La actual reflexión es un intento por encontrar algunas miradas que nos ayuden en una ambiciosa aventura: descubrir los códigos del lenguaje de nuestro cuerpo, desde los susurros hasta los gritos o lamentos que nos producen tanta pena y tantas limitaciones.

Consideremos la proporción existente entre nuestros sensores internos y externos. Tenemos entre cien y doscientos millones de sensores entre los ojos, los oídos, la nariz, la boca y la superficie de la piel. Estos sensores reciben estímulos externos. Nuestro cerebro cuenta con millones de neuronas, es decir, sensores internos que perciben impulsos eléctricos entre sí, lo que significa que somos mucho más sensibles a nosotros mismos que al mundo exterior.

El cerebro es la fábrica de muchos productos, y su materia prima es la información: la longitud de onda de la luz que choca en la retina, la duración de las ondas de sonido que tañen el oído, el efecto de una molécula sobre el canal olfativo, etc. Con todo esto, las áreas sensoriales del cerebro se forman una idea de lo que hay afuera.

Nuestras actividades mentales, emocionales y biológicas están integradas gracias a péptidos. Los péptidos o cadenas cortas de aminoácidos (neurotransmisores, endorfinas etc.) son mensajeros moleculares que facilitan las conversaciones del sistema inmunológico (de defensas), con el endocrino (glandular) y el nervioso. Esto quiere decir que nuestras emociones están representadas por péptidos. Los péptidos son algo así como la manifestación bioquímica de las emociones, y juegan un papel vital en la coordinación de las actividades del sistema inmunológico, integrando las actividades mentales, emocionales y biológicas. Los péptidos en su mayoría alteran el comportamiento y el estado de ánimo. Al respecto, Fritjof Capra señala que las investigaciones apuntan a trabajar con la hipótesis de que cada péptido puede evocar un determinado “tono” emocional. Todo el grupo de sesenta o setenta péptidos podría constituir un lenguaje bioquímico universal para las emociones: “Tradicionalmente, los neurocientíficos han asociado las emociones con áreas específicas del cerebro, principalmente con el sistema límbico. Lo cual es ciertamente correcto puesto que el sistema límbico resulta estar altamente enriquecido con péptidos. No obstante, no es la única parte del cuerpo donde se concentran receptores péptidos. Todo el intestino, por ejemplo está cargado de ellos. Esta es la razón por la que nos referimos a “sentimientos viscerales” (Capra, 1996). Sentimos literalmente nuestras emociones en nuestras entrañas. Candace Pert y el grupo del instituto de Salud Mental de Maryland afirman que los glóbulos blancos son partes del cerebro que flotan por nuestro cuerpo.

Es interesante revisar algunas consideraciones científicas acerca de nuestro mundo interior: nuestro cerebro es la fábrica de muchos productos, y uno de ellos es el pensamiento. El cerebro humano es la unión de dos mentes; cada uno de los hemisferios

¹ Clarissa Pikola Estés Médica Pediatra, docente del Diplomado de Comunicación Humana y Programación Neurolingüística de la Universidad de Cartagena. Correo electrónico: carmenescallon@gmail.com



gemelos es el “espejo físico” del otro y si se pierde uno al principio de la vida, el otro puede asumir su función. Normalmente los dos hemisferios están unidos por una banda de fibras que transmiten un canto íntimo y complejo; además de permanente, se trata de un diálogo respetuoso y mágico entre ambos. Cuando la información llega a un hemisferio está enseguida disponible para el otro: sus respuestas son tan armónicas que parecen ser ininterrumpidas. Sin embargo, si separamos estos dos hemisferios, las diferencias entre ellos se hacen evidentes. Cada hemisferio tiene sus fortalezas y debilidades, sus propias maneras de procesar información y sus propias formas de respuesta. Los dos hemisferios pueden existir en dos reinos distintos de la conciencia, son “dos individuos diferentes, dentro de un mismo cráneo”.

Afirma Fritjof Capra: “Así como cada célula cerebral se estira individualmente para hacer contacto con otras, cada cerebro está diseñado para conectarse con sus iguales. Nuestra capacidad de entrar en las mentes de otros a través de la intuición y del habla nos da a los seres humanos una ventaja única sobre las demás especies: nos permite crear y vivir en la más organizada colmena que llamamos civilización y podemos participar como especie en empresas tan grandiosas que alteran nuestro entorno a escala global. El lenguaje nos permite manejar ideas con una creatividad también única y nuestro conocimiento intuitivo de las maquinaciones mentales de los demás hace que nuestras relaciones sean complejas, sutiles y profundas” (1996).

El desarrollo del lenguaje cambió sustancialmente la arquitectura de nuestro cerebro, convirtiéndolo en una estructura asimétrica al utilizar para este fin áreas que eran usadas para el movimiento y las sensaciones. Señala Steven Mithen en *Arqueología de la mente*: “la evolución de la mente humana ha necesitado millones de años. Es el producto de un proceso largo y gradual sin meta ni dirección predestinadas. Durante la fase final de los últimos 2,5 millones de años de este proceso, nuestros antepasados dejaron huellas de su conducta, en forma de útiles líticos, de restos de alimentos y de pinturas rupestres. Y sólo al final de aquel período, hace unos 5.000 años, dejaron registro escrito. Es evidente pues, que si queremos comprender la evolución de la mente tendremos que concentrar la mirada en nuestra prehistoria, ya que fue entonces cuando aparecieron los rasgos distintivos de una mente humana, como son el lenguaje y una inteligencia avanzada.”

Resulta interesante hacer algunas consideraciones en relación a lo que sería el lenguaje interno o la comunicación “intrahumana”, y para ello es necesario referirnos al concepto de conciencia o autoconocimiento que se da únicamente en los animales superiores, manifestándose en todo su potencial en el humano. Como señala Capra, “como humanos, no sólo somos conscientes de nuestro entorno, sino de nosotros mismos y de nuestro mundo interior. En otras palabras somos conscientes de que somos conscientes. No sólo sabemos, sino que sabemos que sabemos” (1996).

Según la teoría de Santiago, el autoconocimiento está relacionado con el lenguaje. La unicidad del ser humano radica en su capacidad de tejer permanentemente la red lingüística en la que está inmerso. De acuerdo con Maturana, “ser humano es existir en el lenguaje. Mediante el lenguaje coordinamos nuestro comportamiento y juntos damos luz a nuestro mundo. El mundo que todos vemos, no es el mundo, sino un mundo alumbrado por todos nosotros”. Ser humano es estar dotado de conciencia reflexiva: al saber que sabemos, nos damos a luz a nosotros mismos.

A la luz de la teoría de Santiago (Maturana y Varela, 1984), la autoconciencia y la vasta danza de nuestro mundo interior de ideas y conceptos no solo son inexplicables en términos físicos, biológicos o desde la psicología de un organismo aislado. Según Maturana, solo podemos comprender la conciencia humana a través del lenguaje y de todo el contexto social en el que este está inmerso. Como su raíz latina *con-scire* (“saber juntos”) parece indicar, la conciencia es realmente un fenómeno social. Agregar a este concepto una reflexión acerca de la condición humana en términos de Capra, nos orienta hacia las profundas aguas de nuestro mundo interior: “Los seres humanos evolucionaron desde los simios erguidos del Sur del género *Australopithecus* hace unos dos millones de años. La transición de simios a humanos, fue impulsada por dos desarrollos distintos: la indefensión de las crías prematuramente nacidas, que exigía la ayuda y colaboración de la familia y comunidades y la libertad de las manos para confeccionar y utilizar herramientas que estimuló el crecimiento del cerebro y podría haber contribuido a la evolución del lenguaje”.

El cuerpo es el sitio donde se inscribe nuestra historia, nuestras emociones, nuestros triunfos y fracasos, tan solo debemos mirarlo y allí encontraremos los escritos.



Proyecto Almas, rostros y paisajes 2008

El cuerpo es el sitio donde se inscribe nuestras emociones: cuando el lenguaje se trastorna y el cuerpo se silencia, se edifica entonces la plataforma para la aparición de síntomas somáticos. La somatización es verdaderamente el idioma del cuerpo: es murmullos, lamentos, hasta llegar a gritos. El doctor Arthur Kleinman ha demostrado que los pacientes de su serie experimentan dilemas no decibles en el momento en que aparecen los síntomas somáticos.

Estos dilemas no decibles, muchas veces se encuentran escondidos en las profundidades del inconsciente, y otras se instalan en el consciente; el paciente está atrapado porque no ve una solución clara para su conflicto o porque es imposible llevarlo a palabras; se convierten estos dilemas muchas veces en verdaderos mitos o tabúes, como por ejemplo el incesto, los malos tratos, una posición en medio de un sistema, al cual, por estructura familiar, no se pertenece. Al respecto comenta James Griffith: “Los dilemas no decibles de los problemas mente-cuerpo son situaciones de doble vínculo en las que el paciente intenta resolver la situación silenciando su expresión corporal de zozobra. Si bien el mecanismo final sigue siendo un misterio, luego se manifiesta aparentemente, un síntoma somático cuando el cuerpo se zafa de los esfuerzos por reprimir su expresión” (1996).

Una de las situaciones facilitadoras de este tipo de comportamiento es el doble vínculo, trastorno en la comunicación en que se emiten dos mensajes contradictorios al mismo tiempo, por ejemplo cuando una madre le dice a su hijo: “yo te respeto pero te

he pegado por tu propio bien”. La víctima del doble vínculo se confunde y presenta niveles altos de estrés y desequilibrio. Griffith señala: “la escisión del lenguaje y el silenciamiento del cuerpo constituyen, al parecer, el suelo donde crecen los signos somáticos”. Arthur Kleinman, en su *Modelo explicativo de la enfermedad* (1980) estudia los procesos transculturales de somatización en Estados Unidos, Taiwan y China, y presenta la somatización como un idioma corporal (un lenguaje no verbal), que aparece cuando las expresiones verbales de

las emociones se atenúan. El siguiente relato pone de manifiesto hasta dónde llegan algunas formas extremas de los problemas mente-cuerpo: Betsy Middleton era una niña de seis meses que ingresaba muchas veces al hospital de niños por diarreas repetidas y dificultad respiratoria. En el servicio del hospital se sorprendió a la madre ensuciando el pañal de su hija para simular una diarrea. Este tipo de comportamiento se cataloga como un síndrome de Munchausen, que consiste en una forma de maltrato infantil en el que la madre simula la enfermedad de su hijo (no se ha descrito en padres), hasta exponer su integridad personal, sometiéndolo a maniobras clínicas muchas veces diagnósticas. El caso de la madre de Betsy era el siguiente: la mujer había sido violada por su cuñado, y al enterarse el marido, luego de enojarse, declaró en la familia un “aquí no ha pasado nada”, para evitar el repudio social. Esta mujer se encontraba atrapada en un doble vínculo comunicacional en el que se producían todos los determinantes de esta forma de comunicación: se produjo un primer mensaje de indignación y dolor de parte del marido, seguido por un segundo mensaje completamente opuesto al primero: no existía la agresión, “no pasaba nada”. El receptor de la comunicación se atrapa al evitar comentar el conflicto o sentirse confuso ante los dos mensajes, y a la vez se le impide salirse del campo.

Otro caso, muy similar al anterior nos muestra cómo el cuerpo habla lo que la palabra calla: M. A. era una niña de 11 años; su padre biológico había abusado sexualmente de ella en repetidas ocasio-



nes durante los últimos cuatro años. El padre se mostraba cariñoso y muy atento a las necesidades sociales de la niña. Cuando la madre descubrió la escena, expulsó al hombre de la familia y empezó una comunicación de doble vínculo con su hija. Por un lado la protegía, y por el otro la culpabilizaba por su silencio y por haber “tolerado” esa situación. La niña, atrapada en esta trampa mortal, inició un cuadro de expresiones o gritos corporales, derivando en una parálisis flácida de miembros inferiores que desapareció, con atención y cuidados, en el hospital de niños. Posteriormente desarrolló una leucemia linfoblástica y en pleno tratamiento hospitalario hizo un intento suicida al ingerir sustancias tóxicas. Estos casos nos llevan a considerar, en una dimensión distinta, la importancia del lenguaje y de la socialización de las emociones.

En 1990, en el Hospital Universitario de Cartagena, me pidieron que viera a un muchacho de unos 12 años que estaba en estado comatoso por una herida por arma de fuego, cuyo proyectil se había alojado en el cerebro. Se trataba de un chico de San Basilio de Palenque que se encontraba jugando en el campo; hubo un tiroteo en los alrededores y una bala perdida lo alcanzó. Al entrar a la sala fue grande mi sorpresa al descubrir que en la cabecera del paciente se encontraba un equipo de sonido en el que sonaba música jíbara. Me sorprendí mucho porque estábamos intentando en ese entonces darle valor a todos los estímulos y maniobras que permitieran el tratamiento. La enfermera, ante mi asombro, me informó que la madre insistió tanto durante la noche, que debieron ponerle al chico su música favorita. Al preguntarle a la madre, una mujer poseedora de una cultura tan ritualista y pura como la africana, me enseñó que aun en el estado de coma, una parte del niño estaba satisfecha de escuchar su música y me aseguró que esa música le ayudaba a curarse. ¡Qué mujer sabia! Indudablemente la música, al igual que muchos estímulos satisfactorios, promueve la producción de péptidos (neurotransmisores) que favorecen nuestra respuesta neuroendocrino-inmunológica.

En la unidad de cuidados intensivos neonatales de un hospital de Colombia me encontré con una madre que tenía a su bebé hospitalizado desde el momento del nacimiento por una membrana hialina (una entidad de alta gravedad que por falta de surfactante pulmonar producto de la prematuridad, produce insuficiencia respiratoria). Habían pasado quince días y ella no había abrazado a su hijo. La

madre ingresó a la unidad, cargó y besó a su hijo. Esta mujer que obedecía a su impulso materno sabía que esas caricias y esa presencia eran importantes para la recuperación de su bebé. Finalmente, el niño salió del hospital y siguieron exitosamente los cuidados en casa.

La neuro-psico-endocrino-inmunología, es una ciencia “nueva”, conocida hace mucho tiempo por el chamán, explica cómo el malestar del sistema del pensamiento y de emociones altera la secreción de péptidos tipo neurotransmisores, modificándose así el sistema endocrino, hasta llegar a la desarmonía del sistema inmune. Como dijera un físico cuántico de la Universidad de Harvard, “nuestro cuerpo lee nuestros pensamientos”. Efectivamente, cuando pensamos eróticamente, logramos en nuestro cuerpo verdaderos torrentes de neurotransmisores que generan cambios favorables en muchos de nuestros sistemas; también producimos un aumento de la hormona del crecimiento y otras muchas sustancias que mejoran la respuesta de nuestro sistema inmune.

Me quiero referir a la historia del adolescente que obtuvo el mayor puntaje del ICFES en su departamento, hace unos cinco años. Dentro de los exámenes paraclínicos de rutina, el chico agregó la elaboración del test para averiguar si tenía SIDA. El resultado de la prueba dio positivo, y a partir de ese momento el chico se encerró en sí mismo, negándose a salir, a comer, muerto de miedo por la discriminación y el señalamiento. Al mes comenzó a mostrar síntomas respiratorios severos, lo que hizo necesaria su hospitalización en dos ocasiones. Murió a los tres meses, sacudido por la rabia y el dolor.

Es la otra persona la que nos hace humanos, pues nos mira, nos habla y nos hace sentir amados. De aquí surge el concepto de alteridad: necesitamos de los otros y los otros nos necesitan. Una de las experiencias relacionadas con este concepto es “el baño de palabras”, que disminuye el dolor: cuando estamos ante un paciente con síntomas dolorosos, cuando le hablamos respetuosa y amorosamente, y cuando lo consolamos y lo acompañamos, somos inductores de sus opiáceos endógenos, y provocamos verdaderas analgesias. ¿Qué decir de nuestros pacientes quemados sometidos a ese baño de palabras? Por eso hablamos del poder de la palabra hablada, del lenguaje y la socialización del dolor.

Cualquier malestar del ser humano puede manifestarse a través de síntomas expresados en el cuerpo, en las emociones o la conducta: “cuando no



lloran los ojos, lloran los órganos". Al respecto, comenta Griffith: "si un paciente se ha aclimatado en su infancia a entornos emocionales muy duros, quizás haya dejado de experimentar sentimientos de ira en situaciones en que su cuerpo da señales fisiológicas de ira y donde otras personas pertenecientes a su misma cultura, describirían en general sentimientos de ira". Esto quiere decir que muchas veces nuestro cuerpo habla en lugar de nuestra conciencia. Es interesante entender que las emociones no ocurren como un hecho individual que se vive aisladamente dentro del cuerpo de una persona, sino como un hecho interpersonal dentro de un campo social.

Entonces podemos parafrasear las ideas de muchos autores que insisten en considerar que un síntoma somatizado es la actuación pública de un dilema no decible. Por ello es tan importante crear espacios de socialización donde los seres humanos puedan hablar de sus dolores, para que sientan que todos hemos estado enfrentados a estos dilemas. En el momento en que el paciente habla, se inicia un riguroso y atractivo camino hacia la curación.

Todos los seres humanos nos hemos enfrentado a recordar, venciendo el virus del olvido; hemos construido nuestra novela familiar o historia de vida, a pesar de que existen historias que no se pueden contar. Silenciar la propia voz para proteger una relación con nuestro entorno es posible, pero silenciar nuestro propio cuerpo es una tarea más dura. Quiero compartir al respecto el siguiente relato de Griffith: "Yo hacía entrevistas para una práctica interna en cirugía en una universidad cuyo departamento de cirugía era presidido por uno de los grandes docentes con que contaban los programas norteamericanos de formación quirúrgica. Aquel hombre odiaba el cigarrillo. Durante las entrevistas, recorrí los corredores del hospital acompañado por uno de los residentes de cirugía que intentaba fumar un cigarrillo a hurtadillas. Al doblar una esquina, nos vimos cara a cara con el presidente que venía hacia nosotros desde el extremo opuesto del vestíbulo. Sin vacilar el residente hundió el cigarrillo encendido en la palma de la mano, se sonrió y me presentó calmadamente a su jefe mientras el cigarrillo ardía en su mano. La capacidad humana de crear un lenguaje funcional de uso diario, escindido del cuerpo silenciado, es por cierto notable."

En los niños se establece desde la estación uterina una relación estrecha y simbiótica con la madre. De esta forma, la madre se constituye como lo que

sería la parte psíquica, y el niño como el sistema somático; el cólico del lactante, por ejemplo, es una de las manifestaciones del lenguaje corporal por disfunción emocional en la madre, generada por miedos, inseguridad, confusión, rabia, frustración, tristeza, ansiedad y otros muchos sentimientos maternos, expresados a través del correspondiente somático (foco de expresión): el intestino del niño. Estos trastornos tempranos dan lugar al mericismo (es decir, masticar el alimento, tragarlo y regurgitarlo), los vómitos, los trastornos alimentarios, la diarrea, el asma etc. Se trata de formas de expresar el malestar interior.

Cuando un síntoma persiste en un niño, debemos preguntarnos qué estado recurrente, qué circuito de dolor, de miedo, de angustia, qué dilema no decible se encuentra soterrado hasta el punto de expresarse a través del cuerpo.

Una experiencia para mí muy enriquecedora ha sido el tratar a niños con trastornos de estrés post-traumático, y mirar cómo estos niños logran sanarse a través de la socialización del dolor mediante dibujos, cuentos y otros trabajos artísticos. Recuerdo una niña, víctima del terremoto de 1999 en el eje cafetero, que había perdido a su madre y a sus dos hermanas. Como estaba sumida en un autismo profundo, iniciamos un programa de socialización de su dolor y de su miedo a través de cuentos, dibujos, cantos, juegos con títeres, polichinelas, etc. Ella y otros niños en iguales circunstancias pudieron hablar, y al hacerlo, lograron disminuir su dolor; además nos enseñaron a dimensionar una vez más el poder de la palabra hablada. Como afirma Martín Heidegger, el lenguaje no es un instrumento de comunicación como el cable que interconecta computadoras. Es, en cambio, el modo fundamental en que los seres humanos están físicamente presentes unos con otros. El lenguaje es un modo de ser.

Maturana y Varela descubrieron que la manera óptima de explicar el lenguaje era describirlo como la coordinación o danza de coordinaciones tanto conductuales como consensuales entre dos seres. Estudiando el mecanismo de comunicación entre insectos sociales, nos ayudaron a entender la biología del lenguaje humano: "Entre los miembros de una colonia de hormigas, hay un flujo continuo de secreciones que ellas mantienen compartiendo sus contenidos estomacales cada vez que se encuentran (...) esto da por resultado la distribución, entre toda la población, de una cantidad de sustancias (entre



ellas hormonas) responsables de la diferenciación y la especificación de roles. De este modo, la reina es una reina en tanto la alimenten de determinada manera y ciertas sustancias que ella produce sean distribuidas entre los miembros de la colonia. Quitar a la reina de su lugar e, inmediatamente, el desequilibrio hormonal provocado por su ausencia generará un cambio en la alimentación de las larvas que vendrán reinas” (1990)

Esta idea del lenguaje abrió perspectivas sobre la relación existente entre ideas mentales, lenguaje y cuerpos físicos en la convivencia social de los seres humanos. Así como la organización social de una colonia de hormigas se mantiene por el intercambio de saliva, los seres humanos mantenemos nuestra organización social por medio del lenguaje.

“La neurona, la aristócrata entre las estructuras del cuerpo, con sus brazos gigantes extendidos como los tentáculos de un pulpo hacia las provincias fronterizas con el mundo externo, esperando las constantes emboscadas de las fuerzas físicas y químicas”. Santiago Ramón y Cajal.

“El cerebro por sí solo no es responsable de la mente, aún cuando sea un órgano necesario para su manifestación. En efecto, un cerebro aislado es un absurdo biológico tan carente de sentido como un individuo aislado”. Sir Julian Haxley.

Es interesante comentar algunos aspectos de la relación entre el sistema inmunológico y los procesos neurológicos. Para ello tomaremos nuevamente la teoría de Santiago y su aclaración acerca de los procesos mente-cerebro: “la mente no es una cosa sino un proceso; el proceso de cognición, que se define como el proceso de la vida. El cerebro es la estructura específica a través de la cual este proceso opera”.

Evidentemente no es el cerebro el único órgano involucrado en los procesos de cognición. El sistema inmunológico se reconoce cada vez más como una red interconectada. Según Varela y sus colaboradores, el sistema inmunológico debe ser entendido como una red cognitiva autónoma (independiente), que tiene la responsabilidad de establecer la “identidad molecular” del cuerpo. El inmunólogo Antonio Coutinho afirma: “la danza mutua entre el sistema inmunológico y el cuerpo (...) le permite a este tener una identidad cambiante y plástica a través de su vida y sus múltiples encuentros. El sistema inmunológico (de defensa) parece ser capaz de distinguir entre sus propias células sanguíneas y los elementos extraños, entre “sí mismo” y “no- sí mismo””.

Comprender nuestra ecología interior indudablemente nos va a permitir entender y respetar nuestro lugar en el mundo, y sentirnos no solo como observadores, sino como parte de un sistema universal, profundamente conectados con los ríos, las montañas, las estrellas, los animales, las plantas y nuestros semejantes. Así podremos asumir el reto de conservar un planeta donde nuestros niños puedan vivir. A mi modo de ver, esto se consigue desarrollando en nosotros un lenguaje claro con nosotros mismos que nos permita, al mismo tiempo, escuchar los susurros del cosmos.

“La palabra, es la clave de una correspondencia misteriosa, la llave para abrir la puerta del mundo de las verdaderas significaciones” (Esquivel, 2000).

Referencias

- Bateson, G. (1998). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Lumen.
- Capra, F. (1999). *La trama de la vida*. Barcelona: Anagrama.
- Clarissa Pikola Estés, (1996). *The web of life*. (Sin referencias).
- Escallón, C. (1990). *Cartilla de Comunicación Humana*. Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Esquivel, L. (2000). *El libro de las emociones*. Barcelona: Plaza Janés.
- Griffith, J. (1996). *El cuerpo habla*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goleman, D. (1996). *La inteligencia Emocional*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Maturana, H. & Varela, F. (1990). *El árbol del conocimiento*. Madrid: Debate.
- Mithen, S. (1998). *Arqueología de la mente*. Barcelona, Drakontos.
- Kleinman, A. (1980). *Patients and Healers in the Context of Culture*. Berkeley: University of California Press.
- Kreisler, L. & Fain, M (1990). *El niño y su cuerpo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Pikola, C. (1992). *Mujeres que corren con los lobos*. España: Zeta.
- Zohar, D. (1997). *El Yo cuántico*. México: Edivisión.